

Conclusiones

Carlos Echeverría Jesús

Aunque cada uno de los capítulos cuenta con sus conclusiones elaboradas por sus autores bueno será aportar al lector estas conclusiones, a vista de pájaro, para condensar lo que de forma particularizada y con enorme rigor han aportado los miembros del grupo de trabajo.

En España —definida por el autor como «un perfecto campo de estudio del fenómeno terrorista, de sus mutaciones, de sus efectos»— y en Europa constatamos cómo tanto Al Qaeda como el Estado Islámico (EI) han venido teniendo un campo abonado para sus diversas manifestaciones de activismo, desde la propaganda y la captación hasta la canalización de combatientes a zona de conflicto además de atentar, o de intentarlo, in situ. Los combatientes terroristas extranjeros y los retornados tienen en Europa una importante representación, preocupando también por ello la evolución del medio carcelario, y el fenómeno del megaterrorismo ha obligado a Europa a ahondar en la respuesta global con diversas herramientas. España destaca en cuanto a iniciativas propias de alcance global destacando el Proyecto GAR-SI Sahel de enjundia para la frontera sur de España y de Europa.

La dinamización de la amenaza en algunos escenarios estatales como efecto directo de las revueltas árabes obliga a explorar la situación país por país en el Magreb, además de ahondar en la situación en Egipto, Siria e Irak. Convulsiones internas en Argelia, dinámicas también domésticas en Marruecos, la rivalidad creciente entre Argel y Rabat, la inestabilidad endémica en Libia y las vulnerabilidades de Túnez y de Mauritania por motivos varios deben de preocuparnos en términos de presente y de futuro. Y ello mientras Egipto se sigue enfrentando a una amenaza yihadista letal —focalizada en la península del Sinaí pero salpicando a otras latitudes del país— y Siria e Irak siguen sufriendo los golpes de un EI no derrotado y la presencia de una Al Qaeda eclipsada en buena medida por dicho grupo pero también por la aguda confusión política y diplomática en la región.

El Sahel, y en particular la subregión occidental de dicha franja es uno de los epicentros del yihadismo global que en gran medida ha emigrado hacia el continente africano. Alimentada la desestabilización del Sahel Occidental por efecto directo de las revueltas árabes ello convierte a este escenario en el marco ideal para la preocupante consolidación del terrorismo en la subregión: proliferación de grupos yihadistas y de delincuencia organizada; interacción entre todos ellos (estudiada por el autor con la interesante aproximación en términos de coexistencia, cooperación y/o convergencia); o dificultades estructurales para la estabilización (tensiones intercomunitarias, inestabilidad política reflejada en golpes de estado, desplazamiento de los países occidentales con Francia a la cabeza; penetración de actores foráneos como Rusia, etc.).

El Indopacífico —explicado dicho concepto que deja atrás el tradicional de Asia-Pacífico— agrupa a un buen número de Estados ahondando el autor en el reflejo del activismo terrorista más importante en ellos. Se ve este dinamizado desde los macroatentados del 11S pero mucho más recientemente por la victoria de los talibanes en Afganistán, en agosto de 2021. Subdividida la gran región en dos bloques, Sudeste Asiático y Asia Meridional, el activismo terrorista es intenso en uno y otro. En el primero, destacan escenarios preocupantes como Indonesia y Filipinas y más recientemente Malasia y Tailandia, entre otros. Y en Asia Meridional encontramos lo que el autor denomina el «epicentro de la yihad global» en escenarios como Pakistán, India (donde coexisten con el yihadista veteranos actores terroristas de identidades varias) y volviendo al yihadismo Sri Lanka y Bangladés.

Finalmente, el terrorismo de extrema derecha exige rigor en su definición, por lo impreciso hoy en día de su tratamiento y el autor invita a considerar varias características. Lo primero que hace es destacar las circunstancias propicias para su surgimiento y/o expansiones definidas por el impacto económico y social de la COVID-19, las consecuencias de la guerra de Ucrania y en una dimensión más transversal el creciente cuestionamiento en algunos círculos y escenarios de libertades y derechos. Todo ello permite contextualizar el surgimiento de grupos de extrema derecha violenta que se van clasificando, dependiendo de la fórmula táctica que elijan y que hasta el momento se reducen a tres: los que optan por la guerra de guerrillas, los que lo hacen por la violencia organizada de masas y, finalmente, los que se decantan directamente por el terrorismo.